



UN BUEN PEDAZO DE MURALLA.



CALIDADES DE PIEL DE PIEDRA.

MURALLA OBLIGA

Hay cosas fáciles y cosas difíciles de usar. Me doy cuenta de que el uso de una muralla, anillo casi ciclópeo, densa masa de piedra en pocos puntos interrumpida, es muy difícil de usar. Sin embargo, es un privilegio tener muralla, aunque parezcan ignorarlo algunas de nuestras ciudades amuralladas.

Creo que son escasísimas ya las ciudades del mundo que tienen hoy todavía muralla, que tienen este privilegio de poder existir dentro de un recinto mágico, que no es aislante en nuestros días, que defiende de la vulgaridad y que es confortante arquitectura, atrayente.

Dentro del recinto que acota una muralla hay un primer bienestar, causado por la forma perfecta del recinto en sí. Con esto es evidente que el círculo de la muralla crea intimidad, remete a los hombres hacia sí mismos y les confiere la posibilidad de abrirse siempre a más amplios horizontes, horizontes distintos a los muy bellos que se descubren, cierto, desde las más altas torres de un murallón; me refiero a horizontes que no están en el paisaje ni tampoco en los mapas de tierra, sino en los mapas donde viene trazado el vivir auténtico de cada criatura humana.

Parece un hecho evidente que las ciudades que nacieron en medio de un seguro ceñidor de piedra no puedan vivir prescindiendo de esa construcción. Muralla obliga, en verdad, como nobleza. Muralla obliga con fuerza especial, que no es bruta, que no es ciega, pero que es insoslayable. Considero que no es de humanos conscientes arremeter contra muros bien trazados de piedras viejas.

Las murallas en torno a las ciudades, sean mayores o sean menores, parece enteramente que son el cerco de una lente inmensa, que magnifica para el espectador lo que se contiene en el campo por ellas limitado. Cuanto acontece en el interior del cerco abarcado por la muralla tiene siempre relieve insólito. Y cualquier acontecer muestra allí inexorablemente sus calidades todas, las óptimas y las no buenas asimismo.

Para bien y para mal, por tanto, resulta que no cabe disimular en manera alguna, frente al exterior, cuanto sucede dentro de un recinto amurallado. Por eso tiene tal gravedad lo acontecido allí. Y conviene—insisto—no perder jamás la conciencia de los sucesos sucedidos en el recinto amurallado.

En fin, las ciudades rodeadas por muralla son como ciudades con marco: resaltan más. Y quienes en ellas están deben no olvidarse de que son contemplados, por su propio relieve, con singular atención.

Creo, pues, que de no ser por la muralla apenas llamaría la atención el descoyuntamiento de la armonía urbana secular lucense. Ciertamente, no. Sería uno más entre los muchos desbarajustes urbanos sólitos entre nosotros. Un número más en la lista de insensateces cometidas antaño—pienso en el seminario de Toledo—y que se cometen denodadamente en la hora actual sobre nuestro suelo y con ahínco especial en nuestras antiguas ciudades históricas. Son insensateces que se explican por el fenómeno denominado "especulación del suelo", versión urbana de la trata de blancas—sin duda, supone una ganancia personal inmediata vender a un ser humano y también vender

un solar—; las consecuencias ulteriores, ¿quién las tiene en cuenta? ¿No hay quien compre? ¿Por qué no ha de haber quien venda?

Creo, sí, que en nuestro tiempo se produce una parálisis del discurrir sobre ciertos problemas en el punto en que se suena que hay millones allende y aquende todo discurrir. Bueno está. Y bien vamos. Por este mecanismo está acabando de autosuprimirse la Costa Brava, cerrándose al mar casi por completo. El hecho es que, siguiendo la traza del antiguo camino de náufragos—el cual, si los náufragos se suponía podrían emprenderlo, es evidente que no estaba muy alejado del mar—, por ese camino corre a lo largo de muy gran parte de la Costa Brava una línea continua de rasca-cielos, compacto muro feísimo que suprime la presencia de la impresionante costa desde el mar y deja a oscuras de mar la región. Y en llegando a una ciudad, ¿qué acontece en la Costa Brava? Palamós ha sido venal. Ha vendido—para que fuera destrozada—su silueta perfecta. ¿Millones? Palamós, como esas mujeres orientales que se dejaron cebar para ceñir coronas y se vieron luego sin corona y con los corazones saturados de grasa, Palamós, por reinar sobre una estación del año, ha renunciado a su silueta, la misma silueta casi que vio Cervantes un día al desembarcar, y se ha saturado de bloques compactos, tan desangelados en su silueta como desajustados respecto al entorno de mar y de ciudad.

El caso de Lugo, la bien murada, y puesto que Lugo es de importancia capital, ciudad cantábrica de Galicia, ciudad entrañable para Galicia, y sin duda para muchos galle-

gos y no gallegos, lucenses de corazón... El caso de Lugo es grave y triste.

Todo el mundo sabe, y mejor que nadie acaso lo sepan los arquitectos de Italia, capaces de hacer prodigios auténticos con pedacillos minúsculos de murallas etruscas, pongo por caso; todo el mundo culto sabe que una muralla es siempre una criatura viva en sí, digna de inmensa consideración. Porque no es posible olvidar ante cualquier muralla antigua que además de su largo, de su ancho, de su alto, como cualquier volumen, tiene en sí misma dos dimensiones más, que muestra con claridad insólita para ser de piedra criatura. Una dimensión es la que hinca en el espacio en torno a ella y dentro de ella; otra la hinca en el tiempo. La muralla es la visión en piedra de lo continuo, la presencia de la duración en el tiempo, la presencia de un pasado que a través del presente sigue camino adelante por el futuro.

La muralla de Lugo es una de las pocas rotundas que todavía existen. "Robusta y sorprendente..., su altura es de doce a catorce varas; su espesor, de seis a siete, y su extensión longitudinal, de dos mil quinientas cuarenta y seis." Sus medidas escritas con letras resultan más sorprendentes que en guarismos. Don Pascual Madoz, a mediados del siglo XIX, medía en varas, y

describió esta estupenda muralla con tanta precisión como lo hacen ahora José Luis García Fernández y Efrén García Fernández.

Don Pascual comenta: "Pero en el día, con grande sentimiento de los arqueólogos, apenas quedan vestigios de estos altos almenados que puedan transmitir las glorias de Lugo a las edades venideras."

Lugo, por lo que parece, no suele preocuparse mucho ni por las glorias pasadas suyas ni por la transmisión de esas glorias tiempo adelante. Verdad es que ya no mide en varas, sino cifra alto los metros cuadrados de su suelo amurallado. Y por esa razón tampoco constan ya de "dos altos" sus edificios urbanos, sino de cuantos permite la ley y lo que no es ley.

Lugo, consciente o inconscientemente, ha perdido el sentido de su propia figura, tan bellamente configurada por la sin par muralla. Era una figura perfectamente amoldada al relieve del suelo y gentilmente enmarcada por la cinta fuerte de piedra.

Antes, el paseo de la muralla ofrecía muy buenas vistas. Ahora, no. El paseante, cuando no ve partido su campo visual por un poste del tendido eléctrico, lo ve interceptado, descompuesto en sus formas, por una maciza y mal conformada construcción, de un tono impropio para aquellas luces y atmósfera, que impide la serena contempla-

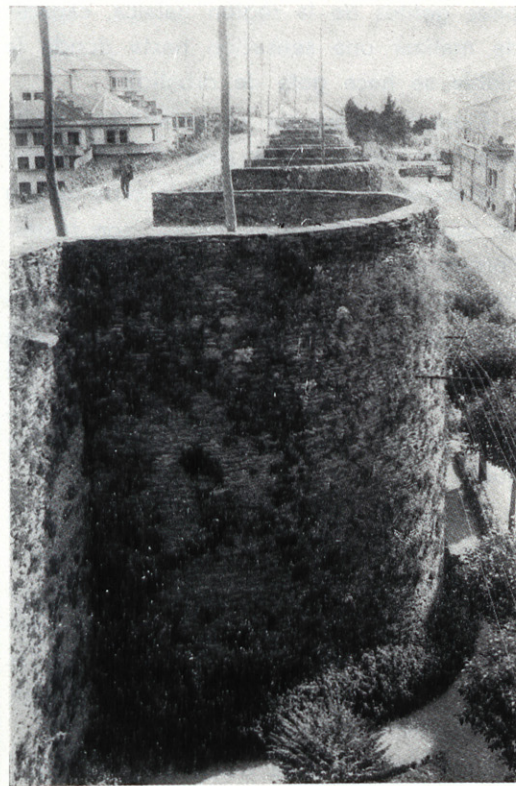
ción del buen padre Miño. En breve, ¿qué interés ofrecerá ya que el ancho de la muralla permita paseen "a la vez cuatro y más personas" por ese paseo augusto? Si son sensibles los paseantes, mal les sentará el paseo. Si son de los que llevan por sensibilidad computadoras, entonces de sus especulaciones por el paseo de la muralla pueden salir nuevos derrumbes y peores construcciones lucenses.

Sin embargo, pienso que todavía no ha acontecido lo peor, y hubiera sido que a un "dolarpudiente" se le hubiera ocurrido comprar la muralla de Lugo y llevársela a ultramar piedra a piedra. Y la razón dada por Lugo para semejante venta bien podría haber sido como la dada por Valladolid con relación a ciertas ventas: cierto tipo de necesidades que cubrir. A saber si con la muralla desmontada, la niebla húmeda y fría era de esperar que perdiese su eficacia como fabricadora de reumatismos. Si bien creo que es la misma muralla la gran protectora del vivir de sus habitantes, que son longevos, gracias a Dios, y por eso "es frecuente encontrar individuos que llegan y aun pasan de la edad de noventa años"; y en 1840, más o menos, esa edad era muy elevada.

La muralla de Lugo no se desmonta, cierto es, pero su destrucción es obra en mar-

...RESULTA, POR TANTO, PENSAMOS NOSOTROS, INDISPENSABLE LA PROTECCION Y DEFENSA DE LOS VALORES DIFERENCIALES DE CADA CIUDAD, COMO UNA HERENCIA LEGITIMA QUE SE DEBE TRANSMITIR...

UNA VISTA DE LA PLANTACION DE LOS POSTES ELECTRICOS EN TIERRA DE MURALLA.



cha que corre a cargo del tiempo—tanto del secular como del atmosférico, al parecer— y de los propios lucenses, a los que no parece causarles mayor contento la posesión de tan insólito murallón como el que tienen. Excepciones hay, sin embargo, entre los lucenses, y gracias a estas excepciones es la muralla monumento nacional por una real orden del 16 de abril de 1921. Sucedió que unos vecinos conscientes de Lugo, don Luis Gil Álvarez, don Baltasar Moreno, don Joaquín García, don Gervasio Mourenza y don Ramón López, denunciaron el hecho de que su Ayuntamiento había acordado enajenar una porción de terreno inmediata a la muralla, así como uno de los cubos de la muralla misma, para fin tan importante como aquel Ayuntamiento consideró que era la construcción de una cochera. Tras la denuncia vino la declaración de monumento nacional de las murallas, tal y como estos lucenses sensatos pedían.

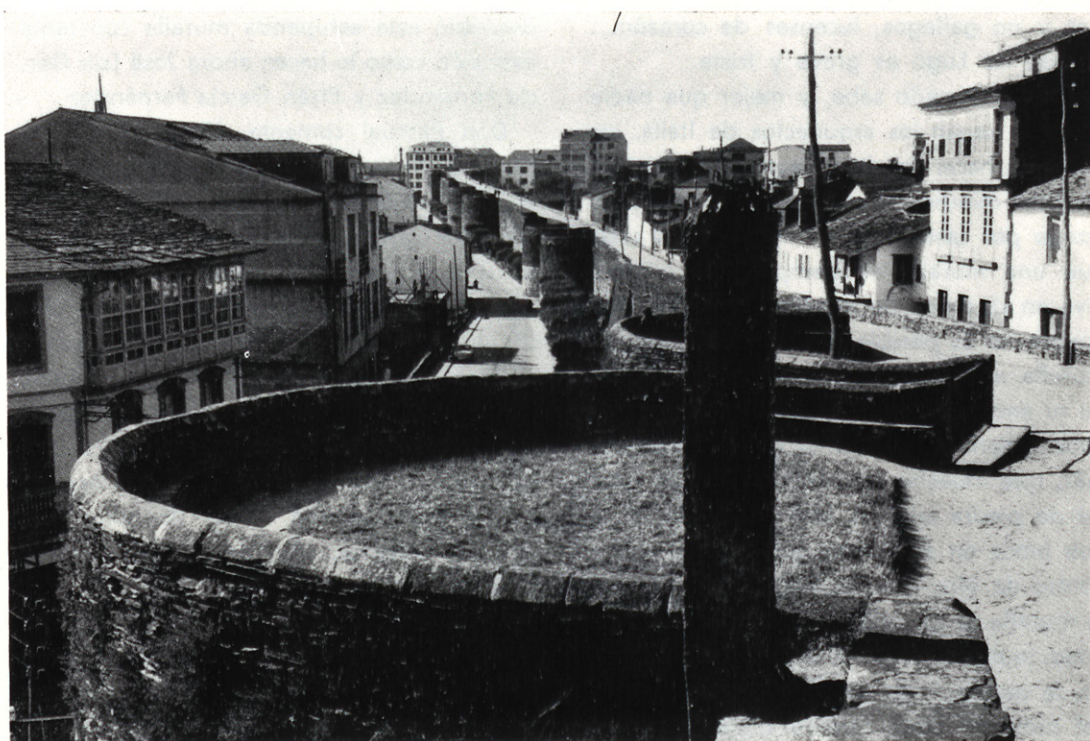
Sin duda, pues, nos hallamos, a propósito de Lugo, frente a un hecho que debe ser meditado: ¿Cómo han de ser tratadas, para que sean bien usadas, nuestras antiguas ciudades bellas?

Lugo es una ciudad antigua original en su contextura, única por lo que hace a su amurallamiento, importante en la Historia. ¿Es una ciudad hoy del todo consciente de sí misma? ¿Es sensible a sus bienes originales, peculiares, inalienables? ¿No son los lucenses tan exquisitamente sensibles como otras gentes de la región galaica, capaces de matizar una sensación hasta donde la niebla se hace gota de orballo?

Ciudad curiosa en su vivir Lugo. A lo largo de veinte siglos pasa del esplendor y la acción a la dormición y la capa espesa de saudade por razones que... son tristes. Porque un tiempo, cuando era Galicia centro del mundo cristiano, el camino de Santiago se desviaba de su derecho hacia Lugo por la fama de la ciudad. Después, el camino de Santiago ya no pasa por Lugo, Lugo ya no atrae a la peregrinación, ¿por qué?

Ahora, Lugo quiere, con razón sin duda alguna, quiere que el ritmo de este peregrinar de nuestro ahora llegue a Lugo. Tal es también el deseo de otras muchas de nuestras importantes antiguas ciudades, todas las cuales se sienten incómodas en su vetustez, porque no saben vivirla a ritmo nuevo.

Lugo bien pudiera convertirse en mara-



BIEN SE VE QUE LAS ARQUITECTURAS VECINAS NO PARECEN CONSCIENTES DE QUE HAY UNA MURALLA FAMOSA EN LA CIUDAD.

villa entre clásica, romancesada, barroca y actual. Con amor—porque amor ha sido lo que han puesto en su trabajo unos arquitectos, los García Fernández—, con grande amor, en efecto, ellos han desentrañado la línea de pura armonía que compone la ciudad en sus tiempos mejores. Calle a calle, edificio a edificio, estos lucenses de adopción reseñan, enseñan en sus dibujos de buen trazo lo que está armonizado y lo que es rotura de la armonía. Y proponen lo que debe hacerse con gran sensatez. Una propuesta que permitiría a Lugo ser nueva sin dejar de ser antigua; que luzca en luz actual sin perder ninguno de sus rasgos peculiares. Esta propuesta es para Lugo la posibilidad de volver a ser digna de su muralla y a vivir como muralla obliga. Y esta posibilidad es perfectamente actualizable. Pero esta posibilidad no ha sido aceptada. Por entre calles surgen intereses inmediatos, particulares. Intereses..., intereses..., intereses interesados... Y el proyecto de puesta en vida de Lugo, hecho con criterios no interesados, se queda en obra de unos románticos, para quienes vivir es cosa distinta a seguir ciegamente las corrientes que excavan aparcamientos subterráneos y elevan edificios de muchos "altos" allí donde la clave de "altos" ha de ser baja.

Muchas ciudades del mundo han sabido vivir a lo largo de siglos sin renunciar a

su vida de otros siglos, sino incorporándola en la oportuna forma a su vivir perfectamente a ritmo con cada momento actual. Se dice que tienen suerte. Y no se piensa que la llamada suerte urbana no pende de un juego de dados azaroso, sino de la voluntad firme y sostenida de aceptar sobre toda cosa el debido urbanismo. Ese urbanismo que no es sólo para ahora mismo, sino para ahora y para más adelante; el que sabe que por ninguna razón ni el hueco ni el alzado pueden caer donde cayeron para conveniencia de unos pocos de hoy, sino ha de ser allí donde conviniere para los más y para un largo, continuo tiempo venidero.

Hoy sabemos demasiado bien que la vida humana personal de cada racional no termina en el límite que señala la piel propia, sino se extiende por recintos personales ajenos y por recintos espaciales vacíos y contruidos alternadamente. De ellos depende en muy extensa medida la personalidad de las personas. Por eso todos los que tienen voz y voto en cuanto a la contextura y forma de una ciudad deben tener conciencia de que el suelo que manejan no es sólo tierra ni sólo pérdida o ganancia: es, en parte, conformadora del vivir personal de quienes habitan en esos recintos por ellos controlados. Grave responsabilidad, como lo es la adquirida frente a una muralla. Nobleza y muralla obligan.